

Maurice
Leblanc



Arsène

LUPIN

El caballero ladrón

Capítulos

- I. El arresto de Arsène Lupin
- II. Arsène Lupin en la cárcel
- III. La fuga de Arsène Lupin
- IV. El viajero misterioso
- V. El collar de la reina
- VI. El siete de corazones
- VII. La caja fuerte de madame Imbert
- VIII. La perla negra
- IX. Herlock Sholmès llega demasiado tarde

I. El arresto de Arsène Lupin

Fue un final extraño para un viaje que había comenzado de la manera más auspiciosa. El vapor transatlántico "La Provence" era un barco rápido y cómodo, bajo el mando de un hombre muy afable. Los pasajeros constituían una sociedad selecta y atractiva. El encanto de las nuevas amistades y las diversiones improvisadas sirvieron para hacer pasar el tiempo de forma agradable. Disfrutamos de la agradable sensación de estar separados del mundo, viviendo, por así decirlo, en una isla desconocida, y en consecuencia obligados a ser sociables entre nosotros.

¿Se han detenido alguna vez a considerar cuánta originalidad y espontaneidad emanan de estos diversos individuos que la noche anterior ni siquiera se conocían, y que, ahora, durante varios días, están condenados a llevar una vida de extrema intimidad, y desafían conjuntamente la cólera del océano, el terrible embate de las olas, la violencia de la tempestad y la agonizante monotonía del agua tranquila y adormecida? Una vida así se convierte en una especie de existencia trágica, con sus tormentas y sus grandezas, su monotonía y su diversidad; y por eso, tal vez, nos embarcamos en ese corto viaje con sentimientos mezclados de placer y temor.

Pero, durante los últimos años, se ha añadido una nueva sensación a la vida del viajero transatlántico. La pequeña isla flotante está ahora unida al mundo del que antes era bastante libre. Un vínculo los unía, incluso en el corazón de

los desechos acuáticos del Atlántico. Ese vínculo es el telégrafo inalámbrico, por medio del cual recibimos noticias de la manera más misteriosa. Sabemos muy bien que el mensaje no se transmite por medio de un cable hueco. No, el misterio es aún más inexplicable, más romántico, y debemos recurrir a las alas del aire para explicar este nuevo milagro. Durante el primer día de viaje, nos sentimos seguidos, escoltados, precedidos incluso, por esa voz lejana que, de vez en cuando, susurraba a uno de nosotros unas palabras del mundo que se alejaba. Dos amigos me hablaron. Otros diez o veinte enviaron palabras alegres o sombrías de despedida a otros pasajeros.

El segundo día, a una distancia de quinientas millas de la costa francesa, en medio de una violenta tormenta, recibimos el siguiente mensaje por medio del telégrafo inalámbrico:

"Arsène Lupin está en su barco, primer camarote, pelo rubio, herida en el antebrazo derecho, viajando solo bajo el nombre de R....."

En ese momento, un terrible relámpago rasgó el cielo tormentoso. Las ondas eléctricas se interrumpieron. El resto del despacho nunca llegó. Del nombre bajo el que se ocultaba Arsène Lupin, sólo conocíamos la inicial.

Si la noticia hubiera tenido otro carácter, no dudo de que el secreto habría sido cuidadosamente guardado por el operador telegráfico, así como por los oficiales del barco. Pero era uno de esos acontecimientos calculados para escapar de la más rigurosa discreción. El mismo día, no se sabe cómo, el incidente se convirtió en un asunto de cotilleo corriente y todos los pasajeros fueron conscientes de que el famoso Arsène Lupin se escondía entre nosotros.

Arsène Lupin entre nosotros, el irresponsable ladrón cuyas hazañas se habían narrado en todos los periódicos durante los últimos meses, el misterioso individuo con el que Ganimard, nuestro detective más astuto, se había enzarzado en un conflicto implacable en un entorno interesante y pintoresco. Arsène Lupin, el excéntrico caballero que sólo opera en los chateaux y salones, y que una noche entró en la residencia del barón Schormann, salió con las manos vacías, y dejó solamente su tarjeta en la que había garabateado estas palabras: "Arsène Lupin, caballero ladrón, volverá cuando los muebles sean auténticos". Arsène Lupin, el hombre de los mil disfraces: a su vez chofer, detective, librero, médico ruso, torero español, viajero comercial, joven robusto o anciano decrepito.

Entonces considere esta sorprendente situación: Arsène Lupin estaba vagando dentro de los límites limitados de un vapor transatlántico; en ese pequeño rincón del mundo, en ese salón comedor, en esa sala de fumar, en esa sala de música. Arsène Lupin era, tal vez, este caballero... o aquel... mi vecino de mesa... el que compartía mi camarote....

"¡Y este estado de cosas durará cinco días!", exclamó la señorita Nelly Underdown, a la mañana siguiente. "¡Es insoportable! Espero que lo arresten"

Luego, dirigiéndose a mí, añadió:

"Y usted, *Monsieur* d'Andrézy, está en términos íntimos con el capitán; seguramente sabe algo".

Me habría encantado poseer cualquier información que pudiera interesar a la señorita Nelly. Era una de esas magníficas criaturas que inevitablemente atraen la atención

en todas las asambleas. La riqueza y la belleza forman una combinación irresistible, y Nelly poseía ambas.

Educada en París bajo el cuidado de una madre francesa, iba ahora a visitar a su padre, el millonario Underdown de Chicago. La acompañaba una de sus amigas, *Lady Jerland*.

Al principio, había decidido iniciar un coqueteo con ella; pero, en la creciente intimidad del viaje, pronto quedé impresionado por sus encantadoras maneras y mis sentimientos se volvieron demasiado profundos y reverenciales para un mero coqueteo. Además, aceptó mis atenciones con cierto grado de favor. Se dignó a reírse de mis ocurrencias y mostrar interés por mis historias. Sin embargo, sentí que tenía un rival en la persona de un joven de gustos tranquilos y refinados; y me pareció, a veces, que ella prefería su humor taciturno a mi frivolidad parisina. Él formaba parte del círculo de admiradores que rodeaba a la señorita Nelly en el momento en que me dirigió la pregunta anterior. Todos estábamos cómodamente sentados en nuestras tumbonas. La tormenta de la noche anterior había despejado el cielo. El tiempo era ahora delicioso.

"No tengo ningún conocimiento definitivo, *madeimoselle*", respondí, "pero, ¿no podemos nosotros mismos investigar el misterio tan bien como el detective Ganimard, el enemigo personal de Arsène Lupin?"

"¡Oh! ¡Oh! Está usted progresando muy rápido, Monsieur".

"En absoluto, *madeimoselle*. En primer lugar, permítame preguntarle si el problema le parece complicado".

"Muy complicado".

"¿Ha olvidado la clave que tenemos para la solución del problema?"

"¿Qué llave?"

"En primer lugar, Lupin se hace llamar Monsieur R-----".

"Una información bastante vaga", respondió ella.

"En segundo lugar, está viajando solo".

"¿Eso te ayuda?", preguntó ella.

"En tercer lugar, es rubio".

"¿Y bien?"

"Entonces sólo tenemos que examinar la lista de pasajeros y proceder por proceso de eliminación".

Tenía la lista en mi bolsillo. La saqué y la ojeé. Luego comenté:

"Encuentro que sólo hay trece hombres en la lista de pasajeros cuyos nombres comienzan con la letra R."

"¿Sólo trece?"

"Sí, en el primer camarote. Y de esos trece, encuentro que nueve de ellos están acompañados por mujeres, niños o sirvientes. Sólo quedan cuatro que viajan solos. Primero, el Marqués de Raverdan..."

"secretario del embajador americano", interrumpió la señorita Nelly. "Lo conozco".

"El mayor Rawson", continué.

"Es mi tío", dijo alguien.

" Monsieur Rivolta".

"¡Aquí!", exclamó un italiano, cuyo rostro se ocultaba bajo una espesa barba negra.

La señorita Nelly estalló en carcajadas, y exclamó: "Ese caballero apenas puede llamarse rubio".

"Muy bien, entonces", dije, "nos vemos obligados a concluir que el culpable es el último de la lista".

"¿Cómo se llama?"

"Monsieur Rozaine. ¿Alguien lo conoce?"

Nadie respondió. Pero la señorita Nelly se dirigió al joven taciturno, cuyas atenciones hacia ella me habían molestado, y dijo:

"Bueno, Monsieur Rozaine, ¿por qué no responde?"

Todos los ojos se volvieron hacia él. Era rubio. Debo confesar que yo mismo sentí un sobresalto de sorpresa, y el profundo silencio que siguió a su pregunta indicaba que los demás presentes también veían la situación con un sentimiento de súbita alarma. Sin embargo, la idea era absurda, porque el caballero en cuestión presentaba un aire de la más perfecta inocencia.

"¿Por qué no contesto?", dijo. "Porque, teniendo en cuenta mi nombre, mi posición como viajero solitario y el color de mi pelo, ya he llegado a la misma conclusión, y ahora pienso que debería ser arrestado".

Presentaba un aspecto extraño al pronunciar estas palabras. Sus finos labios estaban más apretados que de costumbre y su rostro estaba espantosamente pálido, mientras que sus ojos estaban manchados de sangre. Por

supuesto, estaba bromeando, pero su aspecto y actitud nos impresionaron extrañamente.

"¿Pero usted no tiene la herida?", dijo la señorita Nelly, ingenuamente.

"Es cierto", respondió él, "me falta la herida".

Entonces se levantó la manga, quitándose el manguito, y nos mostró su brazo. Pero esa acción no me engañó. Nos había mostrado su brazo izquierdo, y yo estaba a punto de llamar su atención sobre el hecho, cuando otro incidente desvió nuestra atención. *Lady Jerland*, la amiga de Miss Nelly vino corriendo hacia nosotros en un estado de gran excitación, exclamando:

"¡Mis joyas, mis perlas! Alguien las ha robado todas".

No, no habían desaparecido todas, como pronto descubrimos. El ladrón sólo se había llevado una parte, cosa muy curiosa. De los brotes de diamantes, los colgantes de joyas, las pulseras y los collares, el ladrón se había llevado, no los más grandes, sino las piedras más finas y valiosas. Las monturas estaban sobre la mesa. Las vi allí, despojadas de sus joyas, como flores de las que se hubieran arrancado sin piedad los hermosos pétalos de colores. Y este robo debió de cometerse en el momento en que *Lady Jerland* tomaba el té; a plena luz del día, en un camarote que daba a un pasillo muy frecuentado; además, el ladrón se había visto obligado a forzar la puerta del camarote, buscar el joyero, que estaba escondido en el fondo de un sombrerero, abrirlo, seleccionar su botín y sacarlo de las monturas.

Por supuesto, todos los pasajeros llegaron al instante a la misma conclusión: era obra de Arsène Lupin.

Ese día, en la mesa de la cena, los asientos a la derecha y a la izquierda de Rozaine permanecieron vacantes; y, durante la noche, se rumoreó que el capitán lo había puesto bajo arresto, información que produjo una sensación de seguridad y alivio. Volvimos a respirar. Esa noche, reanudamos nuestros juegos y bailes. La señorita Nelly, especialmente, mostró un espíritu de alegría irreflexiva que me convenció de que, si las atenciones de Rozaine le habían resultado agradables al principio, ya las había olvidado. Su encanto y su buen humor completaron mi conquista. A medianoche, bajo una luna brillante, declaré mi devoción con un ardor que no pareció desagradarle.

Pero, al día siguiente, para nuestro asombro general, Rozaine estaba en libertad. Nos enteramos de que las pruebas contra él no eran suficientes. Había presentado documentos perfectamente regulares que demostraban que era hijo de un rico comerciante de Burdeos. Además, sus brazos no presentaban el más mínimo rastro de herida.

"¡Documentos! ¡Certificados de nacimiento!" exclamaron los enemigos de Rozaine, "por supuesto, Arsène Lupin les proporcionará todos los que deseen. Y en cuanto a la herida, nunca la tuvo, o se la ha quitado".

Entonces se demostró que, en el momento del robo, Rozaine estaba paseando por la cubierta. A este hecho, sus enemigos respondieron que un hombre como Arsène Lupin podía cometer un crimen sin estar realmente presente. Y entonces, al margen de todas las demás circunstancias, quedaba un punto que ni siquiera los más escépticos podían responder: ¿Quién, salvo Rozaine, viajaba solo, era rubio y llevaba un nombre que empezaba por R? ¿A quién apuntaba el telegrama, si no era a Rozaine?

Y cuando Rozaine, unos minutos antes del desayuno, se acercó audazmente a nuestro grupo, la señorita Nelly y *Lady* Jerland se levantaron y se alejaron.

Una hora más tarde, una circular manuscrita pasaba de mano en mano entre los marineros, los camareros y los pasajeros de todas las clases. En ella se anunciaba que Monsieur Louis Rozaine ofrecía una recompensa de diez mil francos por el descubrimiento de Arsène Lupin u otra persona en posesión de las joyas robadas.

"Y si nadie me ayuda, yo mismo desenmascararé al canalla", declaró Rozaine.

Rozaine contra Arsène Lupin, o más bien, según la opinión actual, el propio Arsène Lupin contra Arsène Lupin; la contienda prometía ser interesante.

Nada se desarrolló durante los dos días siguientes. Vimos a Rozaine deambular día y noche, buscando, interrogando, investigando. El capitán también mostró una actividad encomiable. Hizo que se registrara el barco de proa a popa; saqueó todos los camarotes bajo la plausible teoría de que las joyas podían estar ocultas en cualquier lugar, excepto en la propia habitación del ladrón.

"Supongo que pronto descubrirán algo", me comentó la señorita Nelly. "Puede que sea un mago, pero no puede hacer que los diamantes y las perlas se vuelvan invisibles".

"Desde luego que no", respondí, "pero debería examinar el forro de nuestros sombreros y chalecos y todo lo que llevamos encima".

Luego, exhibiendo mi Kodak, una 9x12 con la que la había estado fotografiando en diversas poses, añadí: "En un aparato no más grande que ése, una persona podría ocultar

todas las joyas de *Lady Jerland*. Podría fingir que hace fotos y nadie sospecharía del juego".

"Pero he oído decir que todo ladrón deja alguna pista tras de sí".

"Eso puede ser generalmente cierto", respondí, "pero hay una excepción: Arsène Lupin".

"¿Por qué?"

"Porque concentra sus pensamientos no sólo en el robo, sino en todas las circunstancias relacionadas, la cuales podrían servir como pista de su identidad".

"Hace unos días usted estaba más seguro".

"Pero lo he visto en acción desde entonces."

"¿Y qué opina ahora?", preguntó.

"Bueno, en mi opinión, estamos perdiendo el tiempo".

Y, de hecho, la investigación no había dado ningún resultado. Mientras tanto, el reloj del capitán había sido robado. Estaba furioso. Aceleró sus esfuerzos y vigiló a Rozaine más de cerca que antes. Al día siguiente, el reloj fue encontrado en la caja del cuello del segundo oficial.

Este incidente causó gran asombro y mostró el lado humorístico de Arsène Lupin, ladrón, y también entusiasta. Combinaba los negocios con el placer. Nos recuerda al autor que casi muere en un ataque de risa provocado por su propia obra. Ciertamente, era un artista en su línea de trabajo particular, y cada vez que veía a Rozaine, sombrío y reservado, y pensaba en el doble papel que estaba representando, le concedía cierta admiración.

Al anochecer siguiente, el oficial de guardia en cubierta oyó gemidos procedentes del rincón más oscuro del barco. Se acercó y encontró a un hombre tumbado, con la cabeza envuelta en un grueso pañuelo gris y las manos atadas con una pesada cuerda. Era Rozaine. Le habían agredido, tirado al suelo y robado. Una tarjeta, prendida en su abrigo, llevaba estas palabras: "Arsène Lupin acepta con gusto los diez mil francos ofrecidos por Monsieur Rozaine". En realidad, la cartera robada contenía veinte mil francos.

Por supuesto, algunos acusaron al desafortunado hombre de haber simulado este ataque contra sí mismo. Pero, aparte de que no podía haberse atado a sí mismo de esa manera, se comprobó que la escritura de la tarjeta era totalmente distinta de la de Rozaine, sino que, por el contrario, se parecía a la letra de Arsène Lupin, tal como se reproducía en un viejo periódico encontrado a bordo.

De este modo, resultaba que Rozaine no era Arsène Lupin, sino que era Rozaine, el hijo de un comerciante de Burdeos. Y la presencia de Arsène Lupin fue afirmada una vez más, y de la manera más alarmante.

Tal era el estado de terror entre los pasajeros que ninguno se quedaba solo en un camarote ni se paseaba solo por zonas no frecuentadas del barco. Nos manteníamos unidos como una cuestión de seguridad. Y, sin embargo, los más íntimos conocidos estaban distanciados por un sentimiento mutuo de desconfianza. Arsène Lupin era, ahora, cualquiera y todos. Nuestra excitada imaginación le atribuía un poder milagroso e ilimitado. Le suponíamos capaz de asumir los más inesperados disfraces; de ser, por turnos, el respetabilísimo comandante Rawson o el noble marqués de Raverdan, o incluso -pues ya no nos deteníamos en la acusadora letra R- o incluso tal o cual persona bien conocida por todos nosotros, y con esposa, hijos y criados.

Los primeros despachos inalámbricos de América no trajeron noticias; al menos, el capitán no nos comunicó ninguna. El silencio no era tranquilizador.

Nuestro último día en el barco parecía interminable. Vivíamos con el temor constante de algún desastre. Esta vez no se trataría de un simple robo o de un asalto comparativamente inofensivo; sería un crimen, un asesinato. Nadie imaginaba que Arsène Lupin se limitaría a esas dos insignificantes ofensas. Dueño absoluto del barco, y las autoridades impotentes, podía hacer lo que se le antojara; nuestras propiedades y vidas estaban a su merced.

Sin embargo, esas horas fueron deliciosas para mí, ya que me aseguraron la confianza de la señorita Nelly. Profundamente conmovida por aquellos sorprendentes acontecimientos y, al ser ella de naturaleza muy nerviosa, buscó espontáneamente a mi lado una protección y seguridad que me complacía darle. En mi interior, bendije a Arsène Lupin. ¿No había sido él el medio de acercarnos a la señorita Nelly y a mí? Gracias a él, ahora podía permitirme deliciosos sueños de amor y felicidad... sueños que, en mi opinión, no eran inoportunos para la señorita Nelly. Sus ojos sonrientes me autorizaban a realizarlos; la suavidad de su voz me infundía esperanza.

A medida que nos acercábamos a la costa americana, la búsqueda activa del ladrón fue aparentemente abandonada, y esperábamos ansiosamente el momento supremo en el que se explicaría el misterioso enigma. ¿Quién era Arsène Lupin? ¿Bajo qué nombre, bajo qué disfraz se ocultaba el famoso Arsène Lupin? Y, por fin, llegó ese momento supremo. Si vivo cien años, no olvidaré el más mínimo detalle.

"¡Qué pálida está usted, señorita Nelly!", le dije a mi compañera, mientras se apoyaba en mi brazo, casi desmayada.

"¡Y usted!", respondió ella, "¡ah! está tan cambiada".

"Este es un momento muy emocionante, y estoy encantado de pasarlo con usted, señorita Nelly. Espero que en su memoria vuelva alguna vez..."

Pero ella no estaba escuchando. Estaba nerviosa y excitada. La pasarela fue colocada en posición, pero, antes de que pudiéramos usarla, los oficiales de aduana uniformados subieron a bordo. La señorita Nelly murmuró:

"No me sorprendería escuchar que Arsène Lupin se escapó del barco durante el viaje".

"Tal vez prefirió la muerte a la deshonra, y se zambulló en el Atlántico antes que ser arrestado".

"Oh, no se ría", dijo ella.

De repente me sobresalté y, en respuesta a su pregunta, dije:

"¿Ve a ese viejecito de pie al final de la pasarela?"

"¿Con un paraguas y un abrigo verde oliva?"

"Es Ganimard".

"¿Ganimard?"

"Sí, el célebre detective que ha jurado capturar a Arsène Lupin. ¡Ah! Ahora puedo entender por qué no recibimos ninguna noticia de este lado del Atlántico. ¡Ganimard estuvo aquí! y siempre mantiene sus asuntos en secreto".

"Entonces, ¿cree que arrestará a Arsène Lupin?"

"¿Quién puede saberlo? Lo inesperado siempre ocurre cuando Arsène Lupin está involucrado en el asunto".

"¡Oh!", exclamó ella, con esa curiosidad morbosa propia de las mujeres, "me gustaría verlo arrestado".

"Tendrá que ser paciente. Sin duda, Arsène Lupin ya ha visto a su enemigo y no tendrá prisa por abandonar el barco".

Los pasajeros salían ahora del barco. Apoyado en su paraguas, con un aire de descuidada indiferencia, Ganimard parecía no prestar atención a la multitud que se apresuraba a bajar por la pasarela. El marqués de Raverdan, el comandante Rawson, el italiano Rivolta y muchos otros habían abandonado ya el barco antes de que apareciera Rozaine. ¡Pobre Rozaine!

"Quizá sea él, después de todo", me dijo la señorita Nelly. "¿Qué piensa usted?"

"Creo que sería muy interesante tener a Ganimard y a Rozaine en la misma foto. Coge tú la cámara. Yo estoy cargado".

Le di la cámara, pero demasiado tarde para que la utilizara. Rozaine ya estaba pasando con el detective. Un oficial americano, de pie detrás de Ganimard, se inclinó hacia delante y le susurró al oído. El detective francés se encogió de hombros y Rozaine siguió adelante. Entonces, Dios mío, ¿quién era Arsène Lupin?

"Sí", dijo la señorita Nelly, en voz alta, "¿quién puede ser?".

No quedaban más de veinte personas a bordo. Las examinó una por una, temiendo que Arsène Lupin no estuviera entre ellas.

"No podemos esperar mucho más", le dije.

Se dirigió hacia la pasarela. Yo la seguí. Pero no habíamos dado ni diez pasos cuando Ganimard nos impidió el paso.

"Bueno, ¿qué pasa?" exclamé.

"Un momento, *Monsieur*. ¿Qué prisa tiene?"

"Estoy acompañando a *madeimoselle*".

"Un momento", repitió, en un tono de autoridad. Luego, mirándome a los ojos, dijo:

"Arsène Lupin, ¿no es así?"

Me reí y respondí: "No, simplemente Bernard d'Andrézy".

"Bernard d'Andrézy murió en Macedonia hace tres años".

"Si Bernard d'Andrézy estuviera muerto, yo no estaría aquí. Pero se equivoca. Aquí están mis papeles".

"Son suyos; y puedo decirle exactamente cómo llegaron a su posesión".

"¡Es usted un tonto!" exclamé. "Arsène Lupin navegó bajo el nombre de R..."

"Sí, otro de tus trucos; un falso olor que los engañó en Havre. Juegas bien, muchacho, pero esta vez la suerte está en tu contra".

Dudé un momento. Entonces me dio un fuerte golpe en el brazo derecho, que me hizo soltar un grito de dolor. Me había golpeado en la herida, aún no cicatrizada, a la que se refería el telegrama.

Me vi obligado a rendirme. No había otra alternativa. Me volví hacia la señorita Nelly, que lo había oído todo. Nuestras miradas se cruzaron; entonces ella miró la cámara que yo había puesto en sus manos, e hizo un gesto que me transmitió la impresión de que lo entendía todo. Sí, allí, entre los estrechos pliegues de cuero negro, en el centro hueco del pequeño objeto que yo había tenido la precaución de poner en sus manos antes de que Ganimard me detuviera, era donde había depositado los veinte mil francos de Rozaine y las perlas y diamantes de *Lady* Jerland.

¡Oh! Juro que, en aquel momento solemne, cuando estaba en manos de Ganimard y de sus dos ayudantes, me era perfectamente indiferente todo, mi detención, la hostilidad de la gente, todo excepto esta cuestión: ¿qué hará la señorita Nelly con las cosas que le había confiado?

A falta de esa prueba material y concluyente, no tenía nada que temer; pero ¿se decidiría la señorita Nelly a aportar esa prueba? ¿Me traicionaría? ¿Actuaría como una enemiga que no puede perdonar, o como una mujer cuyo desprecio se ve suavizado por sentimientos de indulgencia y simpatía involuntaria?

Pasó delante de mí. No dije nada, pero me incliné muy bajo. Mezclada con los demás pasajeros, avanzó hacia la pasarela con mi cámara en la mano. Se me ocurrió que no se atrevería a exponerme públicamente, pero que podría hacerlo cuando llegara a un lugar más privado. Sin embargo, cuando había pasado sólo unos metros por la pasarela, con un movimiento de simulada torpeza, dejó caer

la cámara al agua entre el barco y el muelle. Luego bajó por la pasarela y se perdió rápidamente de vista entre la multitud. Había salido de mi vida para siempre.

Por un momento, me quedé inmóvil. Luego, para gran asombro de Ganimard, murmuré:

"¡Qué lástima que no sea un hombre honesto!"

Tal fue la historia de su arresto, tal como me la narró el propio Arsène Lupin. Los diversos incidentes, que consignaré por escrito más adelante, han establecido entre nosotros ciertos lazos, debo decir, ¿de amistad? Sí, me atrevo a creer que Arsène Lupin me honra con su amistad, y que es a través de la amistad que de vez en cuando me llama y atrae en el silencio de mi biblioteca, su exuberancia juvenil, el contagio de su entusiasmo, y la alegría de un hombre para quien el destino no tiene más que favores y sonrisas.

¿Su retrato? ¿Cómo puedo describirlo? Le he visto veinte veces y cada vez era una persona diferente; incluso él mismo me dijo en una ocasión: "Ya no sé quién soy. No me reconozco en el espejo". Ciertamente, era un gran actor y poseía una maravillosa facultad para disfrazarse. Sin el menor esfuerzo, podía adoptar la voz, los gestos y los ademanes de otra persona.

"¿Por qué?", dijo, "¿por qué debo conservar una forma y un rasgo definidos? ¿Por qué no evitar el peligro de una personalidad siempre igual? Mis acciones servirán para identificarme".

Luego añadió, con un toque de orgullo:

"Tanto mejor si nadie puede decir nunca con absoluta certeza: ¡Allí está Arsène Lupin! Lo esencial es que el

público pueda referirse a mi obra y decir, sin temor a equivocarse: ¡Arsène Lupin hizo eso!".

II. Arsène Lupin en la cárcel

No hay turista digno de ese nombre que no conozca las orillas del Sena y no se haya fijado en el pequeño castillo feudal de los Malaquis, construido sobre una roca en el centro del río. Un puente arqueado lo conecta con la orilla. A su alrededor, las tranquilas aguas del gran río juegan pacíficamente entre los juncos, y las lavanderas revolotean sobre las húmedas crestas de las piedras.

La historia del castillo de Malaquis es tormentosa como su nombre, dura como sus contornos. Ha pasado por una larga serie de combates, asedios, ataques, rapiñas y masacres. El recuento de los crímenes que se han cometido en él haría temblar el corazón más robusto. Hay muchas leyendas misteriosas relacionadas con el castillo, y ellas nos hablan de un famoso túnel que antiguamente conducía a la abadía de Jumieges y a la mansión de Agnes Sorel, amante de Carlos VII.

En esta antigua morada de héroes y bandidos, vivía ahora el barón Nathan Cahorn, o el barón Satán, como se le llamaba antes en la Bolsa, donde había adquirido una fortuna con increíble rapidez. Los señores de Malaquis, absolutamente arruinados, se habían visto obligados a vender el antiguo castillo con gran sacrificio. Contenía una admirable colección de muebles, cuadros, tallas de madera y loza. El barón vivía allí solo, atendido por tres viejos sirvientes. Nadie entraba nunca en el lugar. Nadie había contemplado nunca los tres Rubens que poseía, sus dos Watteau, su púlpito de Jean Goujon y los muchos otros

tesoros que había adquirido mediante un enorme gasto de dinero en ventas públicas.

El barón Satanás vivía en constante temor, no por sí mismo, sino por los tesoros que había acumulado con tan ferviente devoción y con tanta perspicacia que el más sagaz comerciante no podría decir que el barón se había equivocado alguna vez en su gusto o en su juicio. Amaba sus bibelots, intensamente, como un avaro; celosamente, como un amante. Todos los días, al atardecer, las puertas de hierro situadas a ambos lados del puente y a la entrada del patio de honor se cierran y enrejan. Al menor toque en estas puertas, suenan campanas eléctricas en todo el castillo.

Un jueves de septiembre, un cartero se presentó en la puerta de la cabecera del puente y, como de costumbre, fue el propio barón quien abrió parcialmente el pesado portal. Lo examinó tan minuciosamente como si fuera un extraño, aunque el rostro honesto y los ojos parpadeantes del cartero le eran familiares al Barón desde hacía muchos años. El hombre se rio, mientras decía:

"Sólo soy yo, Monsieur *le* Barón. No es otro hombre el que lleva mi gorra y mi blusa".

"Uno nunca puede saberlo", murmuró el Barón.

El hombre le entregó varios periódicos, y luego dijo:

"Y ahora, *Monsieur le* Barón, aquí hay algo nuevo".

"¿Algo nuevo?"

"Sí, una carta. Una carta certificada".

Viviendo como un recluso, sin amigos ni relaciones comerciales, el barón nunca recibía cartas, y la que ahora se le presentaba despertó inmediatamente en su interior un sentimiento de sospecha y desconfianza. Era como un mal presagio. ¿Quién era ese misterioso corresponsal que se atrevía a perturbar la tranquilidad de su retiro?

"Debe firmar, Monsieur le Barón".

Firmó; luego tomó la carta, esperó a que el cartero desapareciera más allá del recodo de la carretera y, tras caminar nerviosamente de un lado a otro durante unos minutos, se apoyó en el parapeto del puente y abrió el sobre. Contenía una hoja de papel con este encabezamiento: Prison de la Santé, París. Miró la firma: Arsène Lupin. Luego leyó:

"Monsieur le Barón:

"Hay, en la galería de su castillo, un cuadro de Philippe de Champaigne, de exquisito acabado, que me agrada de sobremanera. Sus Rubens también son de mi gusto, así como su más pequeño Watteau. En el salón de la derecha, me he fijado en la mesa de cadencia Luis XIII, en los tapices de Beauvais, en el gueridón Imperio firmado "Jacob" y en la cómoda renacentista. En el salón de la izquierda, todo el gabinete lleno de joyas y miniaturas.

"Por el momento, me contentaré con aquellos artículos que puedan ser convenientemente retirados. Por lo tanto, le ruego que los empaque cuidadosamente y me los envíe, con los gastos pagados, a la estación de Batignolles, en un plazo de ocho días; de lo contrario, me veré obligado a retirarlos yo mismo durante la noche

del 27 de septiembre; pero, en esas circunstancias, no me contentaré con los artículos antes mencionados.

"Acepte mis disculpas por cualquier inconveniente que pueda causarle, y créame su humilde servidor,

"Arsène Lupin."

"P.D. Por favor, no envíe el Watteau más grande. Aunque usted pagó treinta mil francos por él, no es más que una copia, ya que el original fue quemado, bajo el Directorio de Barras, durante una noche de desenfreno. Consulte las memorias de Garat.

"No me interesa la chatelaine de Luis XV, pues dudo de su autenticidad".

Aquella carta disgustó por completo al barón. Si hubiera llevado cualquier otra firma, se habría alarmado mucho, pero ¡firmada por Arsène Lupin!

Como lector habitual de los periódicos, estaba versado en la historia de los crímenes recientes y, por tanto, conocía bien las hazañas del misterioso ladrón. Por supuesto, sabía que Lupin había sido arrestado en América por su enemigo Ganimard y que actualmente estaba encarcelado en la Prisión de la Santé. Pero también sabía que de Arsène Lupin podía esperarse cualquier milagro. Además, ese conocimiento exacto del castillo, la ubicación de los cuadros y los muebles, daba al asunto un aspecto alarmante. ¿Cómo podía haber adquirido esa información sobre cosas que nadie había visto nunca?

El barón levantó los ojos y contempló los severos contornos del castillo, su escarpado pedestal rocoso, la profundidad del agua circundante, y se encogió de hombros. Ciertamente, no había peligro. Nadie en el mundo podría forzar la entrada al santuario que contenía sus inestimables tesoros.

Nadie, quizás, excepto Arsène Lupin. Para él, las puertas, los muros y los puentes levadizos no existían. ¿De qué servían los más formidables obstáculos o las más cuidadosas precauciones, si Arsène Lupin había decidido efectuar una entrada?

Aquella noche escribió al procurador de la República en Rouen. Adjuntó la carta de amenaza y solicitó ayuda y protección.

La respuesta fue inmediata: Arsène Lupin estaba detenido en la Prisión de la Santé, bajo estrecha vigilancia, sin posibilidad de escribir esa carta, que sin duda era obra de algún impostor. Pero, por precaución, el procurador había sometido la carta a un perito calígrafo, que declaró que, a pesar de ciertos parecidos, la letra no era la de la presa.

Pero las palabras "a pesar de ciertos parecidos" llamaron la atención del barón; en ellas leyó la posibilidad de una duda que le pareció suficiente para justificar la intervención de la justicia. Sus temores aumentaron. Leyó una y otra vez la carta de Lupin. "Me veré obligado a retirarlos yo mismo". Y luego estaba la fecha fijada: la noche del 27 de septiembre.